

HISTORIA DE ROMA

LIBRO PRIMERO

DESDE LOS ORÍGENES DEL ESTADO ROMANO HASTA LA COMPLETA UNIDAD DE ITALIA

PRIMERA PARTE.—Época de los reyes romanos

CAPÍTULO PRIMERO

ITALIA Y LOS PUEBLOS ITALIANOS

I.—La península de los Apeninos. Naturaleza de la comarca italiana y su importancia política.—II. Cambio en la cultura del país y vegetación de Italia. Flora italiana.—III. Los itálicos. Las tribus latinas.—IV. Los umbro-sabelios. Los etruscos. Los pueblos sabelios.—V. Los latinos. Latinos y sabinos.—VI. Antigua religión de Italia. Los etruscos ó rasenes.—VII. El arte de los etruscos. Construcciones etruscas.—VIII. Las ciudades de Etruria.—IX. Liga y Estado de los rasenes. Religión etrusca.

I.—LA PENÍNSULA DE LOS APENINOS. NATURALEZA DE LA COMARCA ITALIANA Y SU IMPORTANCIA POLÍTICA

Muchas semejanzas etnográficas encontramos entre los griegos y los romanos: estos, en su mayor desarrollo político, se parecieron á aquellos mas que á ninguna otra nación del mundo antiguo, de tal suerte que, durante muchos siglos, la existencia romana llevó impresa en muchos puntos y de un modo extraordinario el sello de la influencia griega. Pero cuanto mas penetra el observador en la época de la dominación romana sobre el mundo antiguo, mas evidente se le presenta la diferencia característica que separa al fuerte pueblo del Tíber del pueblo heleno, y mas claramente aparece á sus ojos el procedimiento distinto del de los griegos, con que los romanos, débiles en un principio, fueron adquiriendo cada día mayores fuerzas y desarrollaron completa é independientemente sus preciosas cualidades distintivas.

Lo propio que entre los helenos, la naturaleza del territorio en que crecieron el pueblo y el Estado romanos contribuyó en gran manera al carácter histórico del romanismo; por mas que los romanos, como los helenos, no se circunscribieron mucho tiempo á las estrechas fronteras de su país. Es casi trivial hacer notar que su historia al fin viene á coincidir con la historia del resto del mundo antiguo. Pero mientras la nación griega, desde las primeras fuertes aspiraciones de la vida helénica, tiende á extenderse por lejanas tierras, cruza los mares y crea para su patria un nuevo mundo de Estados coloniales, la historia de los romanos se desenvuelve durante muchos siglos dentro de la península itálica y de las islas y territorios marítimos mas próximos á su país. Los romanos, por su parte, comenzaron á extenderse por las comarcas del Mediterráneo, cuando no solo la historia de la Grecia independiente caminaba á su fin, sino cuando comenzaba á dislocarse en todas partes el gigantesco edificio de los Estados del mundo griego. Tal era la naturaleza del país de Italia, que hasta los tiempos de la guerra de Aníbal contribuyó poderosamente al desenvolvimiento de los romanos.

Tambien el segundo pueblo importante de la antigüedad creció en una península de gran extension; pero ¡cuán notables son las diferencias que, junto á incontestables analogías, separan la península central del Sur de Europa de la oriental! ¡Cuán propia se nos aparece la forma física de Italia para dar lugar á una existencia política muy distinta por cierto de la que entre los helenos hemos estudiado! La colosal masa de los Alpes, que en forma de semicírculo, limita la Italia septentrional desde el territorio de la actual Niza hasta el Archipiélago dalmacio y la separa de las comarcas de la Europa central, termina al Sur y al Este en una extensa llanura, en donde se encuentra la cuenca del Po (rio que desemboca en el mar Adriático), llanura que comunmente y contra todas las manifestaciones físicas de la naturaleza, es conocida con el nombre de Alta Italia. De clima muy parecido al de la Alemania meridional, y llamada por su situación á ser una comarca en extremo rica, condicion que solo en tiempo de los emperadores romanos pudieron alcanzar las comarcas ribereñas del Danubio inferior que se extendían por las orillas septentrionales de la península de los Balkanes, esa parte mas septentrional ó, por mejor decir, semi-continental del territorio itálico, estuvo desde un principio con la península propiamente dicha, y bajo el punto de vista político y etnográfico, en relaciones algo distintas de las que mediaron entre el Norte de la península de los Balkanes de allende el Axio y el mundo de los helenos.

La península propiamente llamada Italia, es decir, el país de los *itálicos*, está separada de la parte septentrional, del mismo modo que la comarca de los helenos lo está de Macedonia. Así como los montes cambunienses formaban junto con el gigantesco Olimpo, las fronteras septentrionales del mundo heleno, del mismo modo allende el Adriático, toda la llanura del Po está separada de la parte Sur por la arrogante muralla de los Apeninos, que se desvia de los Alpes marítimos en el desfiladero de Tenda, formá un arco en torno de la llanura genovesa y, dirigiéndose despues al Este-sudeste, se extiende hasta el territorio de Rimini. Al llegar á este punto, distante

apenas algunas horas de las costas occidentales del Adriático, toma esta montaña una nueva dirección. De un modo parecido al de la larga cordillera griega, que desde el Lacmon hasta el templo del cabo Sunio forma la espina dorsal del Norte y Centro de Grecia, la dilatada cordillera de los Apeninos atraviesa sin interrupción, de Norte á Sur, la extensa península que bajo su nombre conocemos, hasta el estrecho de Reggio y de Mesina, derivándose de ella en la parte septentrional y central varias montañas paralelas. El carácter regional de la península de los Apeninos se halla determinado de un modo distinto que en Grecia, por la forma montañosa. La influencia de los mares en la forma de la comarca itálica, comparada con la que ejerció en Grecia el territorio costanero, es bastante exigua. En Italia no encontramos, como en Grecia, profundos golfos y bahías. La división del territorio itálico es muy sencilla y en extremo uniforme en lo tocante á las costas orientales. La única particularidad que en el Sudeste se ofrece á nuestra vista es el golfo de Metaponto ó de Tarento, que divide la parte septentrional de la península en dos pequeños miembros peninsulares, de los cuales el oriental tomó en la antigüedad el nombre de Bruccio y despues el de Calabria. En las costas occidentales, solo las de Campania y mas al Norte las de Génova sintieron, en cierto modo, la influencia marítima. Tampoco vemos en Italia aquella serie de islas que en todos tiempos enriquecieron tan característicamente la historia griega. Las muchas pequeñas islas é islotes que, ya aislados ya en grupos, se hallan diseminados por las costas de la península, no tuvieron, con pocas excepciones, importancia alguna, pudiendo decirse que solo la alcanzaron en alto grado las tres grandes islas que limitan al Sur y al Oeste de Italia el mar Tirreno, á saber: Sicilia, la antétesis del Peloponeso, que está situada muy al Sur hasta llegar casi á los dominios de los griegos y cartagineses y cuya historia se relaciona en alto grado con la de los romanos desde los tiempos del moloso Pirro, Córcega y Cerdeña, de las cuales aquella apenas figuró en la historia antigua, y esta solo desempeñó un papel muy secundario.

Bajo otro punto de vista forma la península de los Apeninos un notable contraste con Grecia. Ya hemos visto que, gracias á la naturaleza física de esta última comarca, y hasta los tiempos del rey Pirro y de los etolios, la vida histórica propia de la nación griega, á excepción de Elis, latió con mas vehemencia en aquellos cantones meridionales y orientales del mar Egeo. En Italia, por el contrario, hasta la época en que la historia de los romanos se enlazó con la de los griegos, las comarcas que mas importancia histórica tuvieron fueron las que se extendían entre las vertientes occidentales de los Apeninos y las orillas del mar Tirreno. Así como en Grecia las costas occidentales eran mas favorecidas por la naturaleza que las orientales, en Italia, por el contrario, estas eran mejores que aquellas. Las costas de la cuenca del Po y de las vecinas corrientes que se extendían por el Norte de la Alta Italia, ofrecían una serie de lagunas y de pantanos; en cambio, al Sur de Ancona hasta el monte Gargano, la montaña se extendía tan inmediata al mar, que apenas se encontraban en esta region terrenos bajos. Mas hácia el Sur, es decir en Apulia, y en las zonas de los territorios septentrionales del golfo de Tarento, se veían de nuevo extensas llanuras. La proximidad del mar impedía que las aguas procedentes de las montañas formasen corrientes útiles para el tráfico y para el riego de la comarca. Por último, la naturaleza había dotado de muy pocos puertos utilizables las costas orientales de Italia: el mejor de todos ellos, el admirable puerto de Brundisium, no adquirió grande importancia hasta el momento en que los romanos comenzaron á dirigir sus miradas hácia los Estados del Oriente griego.

Muy otra era la formación de la península de los Apeninos en su parte occidental: en esta el espacio comprendido entre las dos cordilleras y las costas tirrénicas era mucho mas ancho, de suerte que podían formarse en él ríos y valles que comunmente se extendían por entre las cordilleras principales y sus ramificaciones paralelas, atravesando luego las comarcas ribereñas. Además, la gran extension de las costas en esta parte de Italia daba origen á extensas y fértiles llanuras, muy propias para el cultivo. Las comarcas ribereñas, etrusca, latina y campania, no tenían menos atractivos que los mas favorecidos cantones de las costas orientales de Grecia, y su situación no era menos favorable para los intereses económicos. Las comarcas campania y latina eran, por decirlo así, las perlas de la hermosa península. Las comarcas occidentales de Italia que se extienden desde las costas de Génova hasta el estrecho de Reggio, son mucho mas ricas y poseen mejores puertos que las de las orillas del Adriático: aquellos territorios son amenazados y destruidos con harta frecuencia, y de un modo parecido al que acontece en el continente y archipiélago griegos, por las mismas fuerzas volcánicas que dieron origen, en los oscuros tiempos prehistóricos, á la llanura latina, y especialmente á la campiña romana. La montaña albanesa, en cambio, y con ella sus alrededores, cesó durante muchas décadas en sus trabajos volcánicos, que hoy predominan y trastornan de cuando en cuando la fértil Campania, dejando sentir á menudo sus fatales efectos en el Sur de Italia, que, á pesar de ello, ha tenido en todos tiempos una exuberancia de vida histórica. Por esto los pueblos itálicos salvaron, en cuanto pudieron, sus fronteras marítimas, siéndoles mas fácil extenderse por el Sur y el Oeste que por el Este: solo que el mar Tirreno, teatro de las luchas que se promovieron con motivo de las rivalidades helénicas, etruscas y cartaginesas, á pesar de la importancia histórica que tuvo para los pueblos de Italia, no llegó á tener en tiempo alguno la imponente significación que tuvo el mar Egeo para los helenos, tanto los que precedieron como los que sucedieron á su dominación marítima.

II.—CAMBIO EN LA CULTURA DEL PAÍS Y VEGETACIÓN DE ITALIA. FLORA ITALIANA

Aquí debemos tambien hacer notar que hasta llegar á los importantes combates navales entre las escuadras púnica y romana, el desenvolvimiento de los itálicos se verificó mas rápidamente en el continente que en los territorios marítimos. Prescindiendo de que una gran parte de las costas itálicas se encontró durante muchos siglos en manos de los helenos, la oposición entre las poblaciones marítimas y las del interior no llegó con mucho en Italia á ser lo que entre los griegos, que ya desde la época de los antiguos aqueos comenzaron á dirigirse al mar con creciente energía. Por muchos que fuesen los pueblos que los romanos tuvieron que vencer para llevar á cabo la unidad de Italia, no se encuentran en los pueblos itálicos formas de Estados como las que nos ofrece la Edad media en Venecia, Génova, Pisa y Amalfi. A excepción de los etruscos que habitaban las costas, la historia, que se desenvuelve desde que comenzó á hacerse cierta luz acerca de la suerte de los itálicos hasta la unidad de la península de los Apeninos bajo la hegemonía de los romanos, fué la historia de un grupo de fuertes pueblos de pastores, montañeses y labradores, determinada por la naturaleza de su continente.

Por importante que para los romanos de los posteriores tiempos fuese la llamada Alta Italia; por excelente que fuera para los primeros siglos de la historia itálica la cuenca del Po, considerada como base á partir de la cual penetraron

en la península cuatro masas de pueblos que en seguida lucharon entre sí por la existencia histórica, lo cierto es que la forma del suelo de esta parte de Italia influyó en la vida política del pueblo romano, antes de que la soberanía del Senado y de las legiones de Roma llegase a las mismas vertientes de los Alpes. Por vez primera comprendieron fácilmente los romanos que la formación física de la cordillera de los Alpes y sus elevados pasos hacían más fácil el ingreso a Italia para los pueblos de los Alpes y para las masas de bárbaros que habitaban allende esta colosal muralla, que a los romanos el ataque desde la cuenca del Po al Este y al Norte. Ya veremos cómo en tiempo de los primeros Césares estas circunstancias orográficas impulsaron la política romana, para asegurar por el Norte su imperio, a conquistar las comarcas alpinas y a buscar los límites naturales de Roma en las orillas del Danubio.

Para el desarrollo del romanismo y del Estado romano hasta los preliminares de la primera guerra contra Cartago, solo fué importante la naturaleza de la península de los Apeninos. Para probar esto en pocas palabras, diremos que al contrario de lo que sucedió en Grecia, la naturaleza del territorio itálico no oponía a la formación de un grande Estado los obstáculos que en Grecia se ofrecieron. Una cosa se presentó desde luego que parecía exigir esta formación: aun en los más antiguos tiempos de Italia no existe una época, en la cual, prescindiendo de la oposición que entre los Estados coloniales griegos de este país y el modo de ser de la vida itálica existía, aparezca posible un fuerte dualismo entre las razas latina y sabelia. El contraste entre el Sur de la península, es decir, las fértiles comarcas costaneras de Terracina y el excelente territorio de los Abruzos, por un lado, y la parte septentrional, por otro; en una palabra, valiéndose de las expresiones modernas, el contraste entre la Baja Italia y la Italia central (así denominadas contra lo que ha hecho la naturaleza), que imprimió su sello en la agrupación de las razas itálicas y que ha resucitado recientemente en la política del «reino de Italia,» se presentó durante algún tiempo, tan fuerte como la enemistad que en Grecia vemos entre Atenas y Esparta. No menos sensibles se nos aparecen en la antigüedad los rasgos particulares distintivos, que llegaron a su apogeo durante la Edad media y que determinan, todavía actualmente, en forma de regionalismo ó de enérgico espíritu municipal de las distintas ciudades importantes, la vida parlamentaria de la moderna Italia. Esto no obstante, la forma general del suelo de la península no era propia para dejar tomar incremento a este tenaz particularismo, muy distinto por cierto del que se desarrolló en Grecia.

La naturaleza de los Apeninos no había dividido la península en tantos cantones como vemos en la península griega hasta el Norte de Eordea. Además, la naturaleza del territorio y la forma del suelo de Italia eran propicias al desarrollo de grandes razas en un mismo territorio, más bien que al establecimiento de un sin fin de pequeños Estados que en una época tranquila hubieran podido sin duda regirse por el cómodo bienestar de una completa autonomía. Una de las circunstancias que más se opuso al desarrollo del antiguo particularismo itálico fué que la raza que se esforzaba por obtener la unidad de la península estaba concentrada en ciudades, al paso que los audaces partidarios del particularismo itálico conservaban en gran parte, en la época de la lucha decisiva, el estado de la vida de tribu y en su mayoría no habían conseguido organizarse en grandes territorios de ciudades aisladas, que era la forma adoptada por el particularismo, así en la antigüedad como en la Edad media, en los territorios del Sur de Europa.

Por último, una de las causas que más influyeron en la posibilidad de unificar políticamente los antiguos pueblos itálicos, fué que en la península existía un territorio dominante, cuya conquista decidía la cuestión de la supremacía política dentro de sus límites. Durante la época de los Césares hasta los tiempos de Odoacro, varias veces se decidió la suerte de Italia en la llanura del Po, cuya posesión tuvo durante algunos siglos respecto de la península itálica, la misma importancia que desde el período de los Psammetíquidas tuvo la posesión del Delta para la dominación del valle egipcio del Nilo alto y central.

En la época de la república romana la soberanía de la península de los Apeninos dependía de quien poseyera la llamada Acrópolis de Italia. Como tal se entendía la importante comarca montañosa que ocupa la mayor parte del centro de la península, y que forma el sistema de altos montes, de profundos valles y de pequeñas llanuras, que, compuesto del conjunto de cordilleras y de las montañas trasversales que se desprenden de los Apeninos, menos altas las del Oeste y más imponentes las del Este, se extiende entre el Anio superior y el alto Liris (Garellano) al Oeste, el Truentos (Tronto) al Norte, el Adriático hasta el monte Gargano al Este, y el Vulturno y el alto Afuldis (Ofanto) al Sur. Este era el territorio de los antiguos y fuertes sabelios cuya posesión podía poner a los representantes de una consecución y meditada política de conquista en estado de destruir militarmente la conexión de todas las razas enemigas del Norte y del Sur y de vencer finalmente toda otra resistencia. La dominación de los romanos sobre la península fué decisiva en cuanto dejaron de oponerse obstáculos a la marcha de las legiones que recorrieron las comarcas que se extendían desde el Sasso y el monte Velino hasta las alturas de Venusia y desde el lago de Celano hasta las Horcas Caudinas. Este elevado país perdió su importancia para las luchas entre los romanos y sus enemigos que les disputaban la soberanía de Italia, cuando el territorio montañoso de los samnitas, a consecuencia de las crueles luchas de la guerra marsia, ó de la guerra civil de Sila, se vió convertido en un desierto sin población, ó dominado por nuevos colonos romanos.

Comprende fácilmente que todas las probabilidades de éxito que la naturaleza del suelo itálico y de su Acrópolis ofrecía en la antigua política a un pueblo que trabajase para la dominación unitaria de la península, no pudieron tener verdadera importancia hasta que ese pueblo supo desarrollar sus talentos políticos y militares, como hicieron los romanos, en cuyo modo de ser, distinto del de las audaces tribus sabelias, existían confundidos los principales rasgos característicos de los dos miembros más importantes de cuantos constituían el grupo de pueblos itálicos. Estos rasgos fueron también los que habilitaron a los romanos, después de la derrota de los cartagineses, para tomar la mayor parte de las tres penínsulas del Sur de Europa como base de una soberanía que estuvo unida a Italia mientras este magnífico país (es decir la península sin la Alta Italia) cuya extensión era de 5,000 millas cuadradas, pudo contar con fuerzas al parecer inagotables.

Entre los interesantes resultados de las más modernas investigaciones acerca de la península de los Apeninos, debemos hacer notar que la fisonomía del suelo itálico, teniendo en cuenta la vegetación que cubre la península, era en la antigüedad muy distinta de la que se ofrece a la consideración de los modernos observadores. A diferencia de las comarcas orientales que se extienden hasta el Adriático y a diferencia también de la nación alemana, Italia, así en lo bueno como en lo malo, se nos presenta como un territorio en que, por un lado, el trabajo del hombre dominó a la naturaleza, y

por otro, ha dejado impresas las huellas de su incesantemente variada actividad durante una serie no interrumpida de veintisiete siglos. Por más que una parte importante de las montañas itálicas, hoy solo adornadas por su hermosa plástica y por los matices con que las coloran los rayos del sol, se vea privada de bosques, como las incultas cordilleras de Grecia ó del Asia anterior; por más que la fuerza destructora de los siglos se haya dejado sentir en alto grado en las mal sanas lagunas Pontinas y en la estéril campiña de Roma, la investigación moderna nos demuestra, por otro lado, que la península de los Apeninos en sus más antiguos tiempos, desde que fué habitada por pueblos más ó menos sedentarios, y contra lo que vemos en las comarcas orientales, en la culta nación cartaginesa, en Sicilia y aun en Grecia, llevaba impreso el sello primitivo y septentrional y estaba poblada de extensos y agrestes bosques, en los cuales crecían ora árboles coníferos, como los abetos, los pinos y los pinabetes, ora árboles de frondoso ramaje como los robles y las hayas.

Los helenos solo conocieron, durante muchos siglos, la Italia como un país abundante en ganado, en productos de la industria pastoril y forestal y en cereales, en la parte propia para su cultivo. Todo esto cambió esencialmente al terminar la época republicana. La historia nos mostrará que, a excepción de la llanura de la cuenca del Po, el cultivo de los cereales decayó sensiblemente, mientras la cría de ganado y los pastos tomaron gran incremento. Mucho más agradable es la observación de que, bajo la benéfica influencia del clima y de la naturaleza del suelo de esta península, los cuidados y el arte de las razas varoniles cambiaron por completo el inhospitalario carácter de la antigua Italia y convirtieron este país en el más agradable y más bello de cuantos existían al Sur de Europa. Varias fueron las causas que desde entonces hasta la caída de la república, influyeron en esto. Una de ellas fué la agricultura griega que desde las muchas colonias helénicas de la llamada Baja Italia introdujo en Italia el gran número de plantas y de artes de cultivo, que a su vez habían sido antes importadas de las distintas comarcas de Oriente en los territorios griegos de aqueide y allende el mar Egeo.

Posteriormente las relaciones de Roma con el África púnica, y por último las expediciones de los italianos a Oriente, fueron motivos suficientes para aceptar una nueva clase de cultivo. De esta suerte tomaron gran incremento en Italia, hasta la caída tradicional de la monarquía romana, plantas tan útiles como la higuera, la vid, y, durante los últimos tiempos de la familia de los Tarquinos, el olivo, que no pudo prosperar, sin embargo, en las llanuras de la Alta Italia. Con la introducción de estos árboles en los bosques y en los campos itálicos, se consiguió implantar el nuevo sistema, que desde entonces hasta nuestros días ha sido tan característico en Italia; nos referimos al cultivo de los huertos y de las llamadas terrazas, tan conocidas en muchos cantones de Grecia, y que, a fuerza de penosos y asiduos cuidados, convirtieron las vertientes de las montañas propias para el cultivo en fértiles y productivas fincas.

En el transcurso de los siglos de la república, desaparecieron la mayor parte de los antiguos y colosales bosques; y el incremento que fué tomando el cultivo de las huertas, que progresó después con el empleo de los muchos esclavos y libertos procedentes del Oriente arameico, convirtió la Italia en un extenso vergel siempre verde, en el cual las plantas anteriormente introducidas se confundían con los infinitos frutales de Oriente y con los preciosos árboles de adorno. Hasta el tiempo de los Diádocos los mirtos y los laureles, si bien no formaban verdaderos bosques, se extendían hasta

el interior del Lacio. Los granados comenzaron a aclimatarse en la península casi al mismo tiempo que los olivos, al paso que las palmeras, cuyos frutos no podían llegar a sazón, habían sido introducidas mucho antes para desaparecer cuando los revueltos tiempos de la Edad media y volver de nuevo en la época árabe. Desde Sicilia, y cuando los romanos hubieron conquistado la ciudad de Tarento, introdujose en Italia el ciprés, junto al cual, durante los dos últimos siglos de la república romana, los patricios de Roma quisieron plantar el plátano: en cambio los bosques de pinos son debidos a una época muy posterior. De entre los árboles frutales propiamente dichos, los ciruelos tomaron carta de naturaleza en Italia antes del reinado de Augusto, medio siglo después que Lúculo importó en Italia el cerezo de las costas pónicas del Asia Menor. Los ciruelos y los avellanos habían sido introducidos mucho antes, no pudiéndose saber a punto fijo la época en que lo fué el castaño. Ya muy entrada la época del imperio se habían aclimatado las aurantiáceas, cuyo agradable aspecto tanto encanta a los europeos del Norte que visitan actualmente la Grecia y la Italia meridional. Después de algunas tentativas inútiles, arraigáronse en Italia, durante el primer tercio del siglo tercero de la era cristiana, los limoneros, que en un principio solo prosperaron en los invernales y que solo en el siglo quinto pudieron cultivarse al aire libre, así en invierno como en verano, en Nápoles y en Cerdeña. En el siglo XI los árabes lograron aclimatar el manzano en Sicilia, y poco después que los portugueses lo importaron de China y lo plantaron por vez primera en Lisboa, consiguió el naranjo chino arraigarse felizmente en Italia, y en el presente siglo se ha extendido mucho la especie de naranja llamada mandarina.

Otros medios de sustento y nuevos cultivos importaron en el suelo itálico los siglos XV y XVI, durante los cuales el cultivo del arroz, que los árabes habían importado del Indostan al delta del Nilo y después a Valencia, fué introducido en la Alta Italia, bajo la influencia de los españoles. Por último, el mundo trasatlántico ayudó a cambiar la fisonomía en Italia. Así, desde principios del siglo XVI, cultivó la Italia el maíz, aclimatándose al propio tiempo en la península de los Apeninos el cultivo de innumerables árboles de adorno que, procedentes de allende el Océano, modificaron esencialmente el aspecto de las comarcas italianas. Entre los últimos citaremos en primer lugar la magnolia, y luego el cactus opuncia y finalmente el aloe y la pita americana. Aquella planta grisazulada y puntiaguda del Sur de América que cubre los más áridos peñascos de Italia y de las demás costas del Mediterráneo, que compensa el cultivo con la producción del humus, cuyas aceradas puntas sirven de muralla a los campos y con cuyas hojas y frutos se alimentan respectivamente los ganados y los hombres; y la pita con sus gigantescas hojas verdes y con sus flores que se alzan a manera de candelabro, cambiaron armónicamente el aspecto de las comarcas costaneras del Mediterráneo. A estas plantas debe añadirse el *eucalyptus globulus*, el azul árbol gomoso de Australia, que se comenzó a introducir en Italia hará unos diez años, con el fin de secar y sanear las malsanas lagunas itálicas; y a los presentes que del mundo de las plantas recibió esta joven parte de la tierra, hay que agregar por conclusión que los más antiguos cultivadores del globo, los egipcios, le habían dado en el tiempo de las emigraciones un animal muy útil, a saber, el gato.

III.—LOS ITÁLICOS. LAS TRIBUS LATINAS

La vida histórica en la península de los Apeninos comienza con la formación de los Estados coloniales griegos en